

VISION A VUELO DE PAJARO

David Ibarra
La Jornada
17 de enero de 2019

Vivimos una época urgida de reordenamientos fundamentales al incumplir la promesa de mejorar el bienestar de las poblaciones y acercar la justicia económica a los principios de la democracia. En ambos terrenos, la tarea nacional parece singularmente ardua, a lo que se suma el difícil encarrilamiento simultáneo del nuevo gobierno.

En lo externo ocurren desgarramientos que nos pudiesen resultar calamitosos. Los Estados Unidos hasta hace poco líder y hegemón del liberalismo o del neoliberalismo, comienza a renunciar a esa función, poniendo en jaque la base misma de la integración y de la prosperidad económicas del mundo. Eso, junto a la renegociación del TLC, la contienda comercial con US-China, el Brexit, la parálisis de la integración europea, la desigualdad rampante en cualquier latitud y el ocaso de las estrategias exportadoras, configuran un panorama mundial incierto, proclive a caer en crisis que ya anticipan las proyecciones del crecimiento mundial.

Habrá que aprender que la competencia no es suficiente y puede ser distributivamente dañina. Se necesita y mucho de la cooperación y de la generosidad universales unidas a la ayuda a las naciones más débiles. México con una estrategia exportadora que no empuja el producto interno, con una concentración comercial mayúscula hacia los Estados Unidos y con déficits externos incurables, parece especialmente vulnerable ante alteraciones del orden económico internacional.

En lo interno, penosamente parece arrancar el necesario reemplazo o cuasi reemplazo de elites políticas desgastadas ante los fracasos de imprimir vigor al

desarrollo con mediana justicia económica, evitar la fragmentación política, la derrota aplastante de los viejos partidos y el fracaso de estrategias calcadas del exterior.

Debido a la renuncia manifiesta a concebir y emprender iniciativas vernáculas de responsabilidad nacional, hemos seguido dócilmente el postcolonialismo y acumulado desequilibrios como los siguientes. Abrazar un modelo de crecimiento hacia afuera, sin política industrial ni reconversión productiva; aceptar la libre movilidad de bienes y capitales con desajustes crónicos de pagos; suscribir a ultranza la estabilidad al hacer independiente al Banco Central para cuidar de los precios, aun con sacrificio del empleo; quitar o suprimir funciones desarrollistas a la banca estatal para concentrarla en mitigar contingencias de la banca comercial; comprimir casi hasta la desaparición a la inversión pública pensando que el capital privado se ocuparía con ventaja hasta de la infraestructura nacional; mantener impuestos excepcionalmente reducidos y abusar de transferencias petroleras para completar el gasto público; permitir el deterioro de la participación de sueldos y salarios en el producto, hasta configurar una economía singularmente desigual. Esos y otros muchos desacomodos surgen del vacío de políticas propias que mucho tienen que ver con el magro desarrollo, la injusticia social, la inseguridad y la criminalidad que nos ahogan.

Corregir, anticipar, quitar virulencia a esos malestares graves cualquiera que sea su origen, configura la compleja tarea del nuevo gobierno y de la sociedad mexicana toda. El caso del huachicol ejemplifica los tropiezos de desarmar para bien cadenas delincuenciales sin causar pesados daños asociados. En definitiva, con buena fortuna y con enorme paciencia social habrá que configurar un complejo, atrevido, entramado de conductas, menos individualistas y más colectivas para rebasar los atolladeros del presente. ¿Seremos capaces de persistir en lograrlo?

Recuérdese aquí, que los países no mueren, aunque a veces tarden en encontrar el camino.